

CADA UNO PUEDE ENSEÑAR A UNA PERSONA

(citado en **Enseñando la Causa de Dios** p.123,
escrito por Nathan Rutstein, miembro Auxiliar de los EE.UU.)

La mayoría de nosotros vivimos, afortunadamente, en países donde podemos enseñar la Fe públicamente. En consecuencia, es mucho más fácil para nosotros tener en cuenta la exhortación de ‘Abdu’l-Bahá de guiar a la Fe un alma cada año. No nos pide de atraer más.

Los amigos de Dios debieran entrelazar con otros, lazos de amistad y mostrar absoluto amor y afecto hacia ellos. Estos vínculos tienen una profunda influencia en la gente y ellos escucharán. Cuando los amigos sientan que hay receptividad a la Palabra de Dios, ellos debieran dar el Mensaje con sabiduría. Ellos deben primero tantear y remover cualquier aprensión en la gente que ellos enseñan. De hecho, cada uno de los creyentes debería escoger a una persona cada año y tratar de establecer lazos de amistad con ella, de tal manera que todo su temor desaparezca. Solamente, entonces, y gradualmente, debe él enseñar a esa persona. Este es el mejor método.

(‘Abdu’l-Bahá citado en **Individual and Teaching**, p.13 no.30)

“Si cada bahá’í tomara a pecho el ruego del Maestro”, explicó un miembro del Centro Internacional de Enseñanza a una audiencia de miembros de la Asamblea Espiritual Nacional y del Consejo Auxiliar de los Estados Unidos, “los planes de enseñanza no serían necesarios. El número de bahá’ís se doblaría cada año”.

Un creyente, ingeniero, calculó que si todos los bahá’ís obedecieran la exhortación de ‘Abdu’l-Bahá, todos los habitantes de nuestro planeta serían bahá’ís al cabo de **once** años.

Lógicamente, enseñar una persona en un año no requiere una profusión de recursos. Todos disponemos de los medios para hacerlo, aunque pensamos que no. La confianza en nosotros mismos y la voluntad para enseñar aparecen cuando oramos y profundizamos con regularidad; y luego, con el tiempo y pese a nuestros puntos flacos, iremos alegremente a compartir el Mensaje, radiantes, felices, como aquel que da un regalo a un ser querido. Esto es lo que hace una pionera, en Paraguay, día tras día. Ya no piensa en la importancia de la enseñanza; simplemente enseña, del mismo modo que respira.

Habida cuenta de que su marido la abandonó en los Estados Unidos, que se fracturó la cadera en Bolivia, que la robaron y pegaron duramente en Colombia y que padece de cáncer, tiene muchos motivos para quejarse, pero nunca lo hace. Es más bien un oído que escucha servicial a otras personas con problemas. Quienes la conocen, nunca la han oído pronunciar una palabra poco amable sobre otra persona. Si alguien empieza a murmurar, cambia de tema con delicadeza. Aunque

se aproxima a los ochenta años, es una inspiración y un ejemplo para todos los que tienen la suerte de estar en su presencia. Y desea con ansia que la gente - cualquiera - se le acerque, porque no puede caminar bien. La paliza que le dieron en Colombia dañó irreversiblemente sus rodillas y cinco intervenciones en sus caderas han hecho estragos.

Cuando fue vendida la casa donde vivía, los amigos insistieron en que se trasladara al Centro Bahá'í de la capital. Ahí es donde pone en práctica diariamente su sencillo plan de enseñanza. Al despertar, recita esta oración revelada por Bahá'u'lláh:

*¡Oh Dios!
Abre la puerta, provee los medios,
Haz seguro el sendero, muéstranos el camino
A fin de que podamos ser guiadas
Hacia aquellas almas cuyos corazones
Tú has preparado para tu Causa
Y que ellas puedan ser guiadas hacia nosotros.
Tú eres, en verdad, el Misericordioso,
El Más Generoso, el Todopoderoso.*

(Oraciones Bahá'ís, España, 1994, p. 151)

Luego abre la puerta principal del Centro y aguarda. Normalmente franquea la puerta gente que nunca antes ha visto y les enseña la Fe. Un joven amigo americano observó a la anciana mujer mientras guiaba a un estudiante universitario y a un hombre de mediana edad a la protección de Bahá'u'lláh. La mujer estuvo preparada incluso para dos azafatas suizas de habla alemana, a quienes entregó folletos en su idioma. Al poco tiempo, el joven amigo americano descubrió qué era lo que hacía de esa mujer un imán tan poderoso. En primer lugar, buscaba ininterrumpidamente la ayuda de Bahá'u'lláh. En segundo lugar, no sólo estudiaba con regularidad los Escritos, sino que también se tomaba a pecho la instrucción del Guardián sobre la profundización: **“Profundizar en la Causa significa leer los Escritos de Bahá'u'lláh y del Maestro, tan a fondo como para poder transmitirlos a los demás en su forma pura”**.

(Shoghi Effendi citado en Principios de Administración Bahá'í)

Y también seguía el consejo de un viejo amigo, Curtis Kelsey: “Todo lo que tienes que hacer es amar”.

Es cierto que no todos podemos hacerlo en nuestra condición espiritual, pero en potencia sí podríamos. Podemos hacer mucho más de lo que creemos ser capaces. Un modo de salir del estancamiento en la falta de enseñanza es intentar seriamente hacer caso de la petición de 'Abdu'l-Bahá en el sentido de enseñar a un alma al

año. No obstante, muchos de nosotros titubeamos, y nos preguntamos: “¿Por dónde empiezo? ¿Qué hago?” Quizá nos atormente también el temor a imponernos por la fuerza a nuestros amigos o el temor a ser considerados unos religiosos fanáticos, quizá seamos tímidos o dudemos de nuestra capacidad para enseñar a alguien.

Acercándonos a los Escritos Sagrados podemos progresar y vencer nuestras reservas, timidez, dudas y temores, y el deseo de enseñar se hará más fuerte que nuestra timidez y nuestro miedo. Aunque no conozcamos todas las leyes de la Fe, podemos, sin embargo, convertirnos en maestros eficaces, tan sólo amando sinceramente a Bahá'u'lláh y profundizando fielmente en lo poco que sepamos.

DIRECTRICES PARA UNA ENSEÑANZA PERSONAL EFECTIVA

Existen muchos enfoques de la enseñanza personal eficaz, tantos como bahá'ís, porque todos tenemos características diferentes y en consecuencia nos expresamos de distinta manera. Lo que funciona a una persona puede no funcionarle a otra. No hay ninguna fórmula especial que pueda garantizar que la persona a quien enseñamos se hará bahá'í. Este bendito acontecimiento es realmente un misterio que sólo Dios controla. Aun así, existen instrucciones que podrían ayudar a quienes entre nosotros que estamos asustados ante la responsabilidad de enseñar, o no nos sentimos preparados para la enseñanza. Estas instrucciones son como una lámpara en las tinieblas.

Aplicando las siguientes instrucciones, quizás muchos de nosotros cumpliremos nuestro propósito personal de atraer a la Causa un alma al año.

1. Orar y profundizar cada mañana y tarde.
2. Escoger una persona para enseñarle.
3. Hecha la elección, orar por el simpatizante cada día.
4. Amar a esa persona.
5. Servir a esa persona.
6. Ser un amigo para esa persona.
7. Ser un “bálsamo” para su sufrimiento.
8. Hacer que la Asamblea Espiritual Local ore por esa persona.
9. Tener paciencia.

Las instrucciones funcionan a aquellos que tratan realmente de seguirlas. Esto no significa que todo irá sobre ruedas, que durante el proceso no vaya a haber momentos de duda acerca de si escogimos la persona adecuada o sobre nuestra capacidad para conseguir el objetivo. Pero perseveremos porque en el fondo sabemos que ‘Abdu’l-Bahá no podía estar equivocado.